



EL HOSPITAL.

Sabeis mis queridos niños, qué viene á ser un hospital? Puede ser que no, ó que tal vez este nombre hace ya sobre vuestra jóven imaginacion una impresion desagradable, porque renueva en vuestra memoria ideas mortales y una sensacion de horror que se os ha inspirado á esos asilos de los pobres y á sus miserias. Si es así, mis queridos niños, se os ha indu-

cido en un error y quiero disiparlo explicándoos lo que es un hospital. Quiero que penseis en él de aquí adelante, mas bien con admiración y compasión que con temor ó repugnancia. Para ello voy á referiros la historia de los hospitales que os interesará, como lo espero, que os pondrá tristes quizás por un momento; pero sabed que es bueno estar triste algunas veces, porque eso dispone para pensamientos serios y reflexivos, que lo mas frecuentemente nos hacen mejores. Y ademas cuando se saben los males de otro, se encuentra uno mas feliz en su posición, y mas dispuesto á bendecir al cielo. Sabreis, pues, que en otro tiempo se formó la palabra *hospital* de la latina *hospes*, huesped: así un hospital es un lugar donde se dá hospitalidad. Recibir al abrigo á los que no tienen donde refugiarse, calentarlos cuando tienen frio, acostarlos en una buena cama cuando están fatigados; darles de comer ó de beber cuando tienen hambre ó sed; cuidarlos cuando necesitan corporal ó espiritualmente; y todo esto sin interés, con amabilidad, con bondad, siempre por amor de Dios y de la humanidad, no es esto, amigos míos lo que entendeis por esta espresion, ejercer la hospitalidad? Si, no es esto? Pues bien, eso es lo que se hace en el hospital.

El origen de los hospitales no sube mas allá de los primeros tiempos del cristianismo. Antes de esta época no se encuentra en los pueblos antiguos ningun establecimiento de este género, porque carecian de los sentimientos de caridad general que debian hallar su origen en una moral mas sublime, y en una inteligencia mas completa de los derechos de la humanidad. Es el cristianismo, es Dios, niños míos, el que ha venido á enseñar á los hombres lo que habian olvidado, que todos eran hermanos, que el que diere de beber á su hermano sediento, era como si diese de beber á Dios mismo, que el que diere de comer á su hermano hambriento, era como si diese de comer al mismo Dios. Amarse unos á otros, darse recíprocamente ayuda y socorro; es la caridad que viene de Dios, como todo lo que es justo y bueno. Los señores Perey y Willaume, cuyos nombres sabreis conocer mas adelante, porque ellos se han instruido para instruir á los otros hombres, dicen hablando de los hospitales fundados por los griegos de la edad media desde el establecimiento del cristianismo: «Que en esta época se vió el fervor de los neófitos, y la piedad general de los fieles reunir su esmero, sus esfuerzos y sus liberalidades, para aliviar á los enfermos reunidos en un mismo lugar. En el siglo cuarto, una ilustre dama romana, *Faviola*, dió el primer modelo de los hospitales, fundando en Roma una casa destinada á recoger los pobres y los enfermos que ella cuidaba con sus propias manos. Por el mismo tiempo poco mas

ó menos, Byzancio (hoy Constantinopla, que entonces era cristiana), convertida en capital del imperio romano, veía levantarse numerosos establecimientos de caridad: las principales ciudades de la Europa imitaron el ejemplo de la capital del mundo cristiano. En el sexto siglo, se fundaron los hospitales de Toledo en España. Poco tiempo despues, el hospital principal de Santiago, edificado por los caballeros de aquella órden, hácia el año 738. Mas adelante los peregrinos de la tierra Santa y los cruzados, á su vez, trageron enfermedades que dieron lugar á la multiplicacion de los hospitales. San Luis, cuando regresó de aquella region, fundó muchos de estos establecimientos en Francia, entre otros el hospicio de los ciegos, á donde se retiraron trescientos de aquellos guerreros que se habian quedado ciegos en su expedicion de Ultramar. La fundacion del mayor número de hospitales corresponde al final del siglo quince.» Estoy cierto de que no habeis olvidado la historia tan verdadera, tan llena de admiracion y tan sentimental, que os he referido en el primer tomo, página 337, del establecimiento del hospital de los niños espósitos, y de las hermanas de caridad, por el buen San Vicente Paul que vivia en el siglo diez y seis.

Veis, mis buenos amigos, que amar y socorrer á sus semejantes, es el gérmen de todas las virtudes, y que la historia consagra los nombres de aquellos que han merecido tan bien de la humanidad.

Un día, mis queridos amigos, que hayais tenido mucho juicio, que el cielo esté sereno y que vuestros padres os hayan dicho: vamos á salir, quereis que yo os proponga un fin de paseo de donde no volvereis tal vez con ramos de flores ó bollos en vuestras faltriqueras; mas á donde sin embargo quedareis contentos de haber ido? Pues bien! Es á el hospital. Allí, vereis los solícitos cuidados de aquellas mugeres generosas que consagran al mismo tiempo su fortuna y su vida al alivio de los padecimientos de aquellos que ellas no conocen.

Alli vereis á la hermana hospitalaria, jóven, previsora, ó bien vieja, encorbada bajo el peso de los años y de las vijilias, darse priesa á acudir al enfermo que la llama diciendo: *hermana mia, tengo sed*. Alli vereis al sacerdote con sus blancos cabellos, circular por las salas, tomar parte con cada cual en la carga de las miserias que su larga esperiencia le ha enseñado bien á conocer y á perdonar, alentar en todos el ánimo abatido, reanimar por todas partes el fuego de la esperanza, y deterrar la desesperacion. Alli, oireis la campana de la capilla llamar religiosamente á la oracion; porque en los hospitales, amiguitos míos, no se ha olvidado que lo moral y lo físico son una misma cosa, que los males de el uno agravan los del otro,

:

y que la esteril esperanza de la vuelta á la salud, no es suficiente para curar un alma ulcerada por el pesar.

¡Oh vosotras, hermosas niñas, vosotras bellas y ricas, comedecéos de los desgraciados; pues aunque el porvenir os parezca brillante, no sabéis sino tendreis que sufrir los reveses de la fortuna, si el pesar no vendrá á ir arruinando vuestra salud, si tendreis que recibir los cuidados estraños. Oh! no decid, os lo ruego, en vuestro jóven corazon; yo soy hermosa, quiero coronar mi cabeza de flores, quiero reir y no llorar, quiero gozar de la vida, es esta tan corta! Lejos de mi los siniestros presagios y los pensamientos sombríos! Pensar en los que padecen, es padecer uno tambien. Que me importa el hospital? Yo soy rica y debo serlo siempre. Oh! no hableis así, no penseis así! Que vuestro corazon salga alguna vez al encuentro de los pensamientos tristes, cuando estos deben hacernos compasivos: si supiéreis cuanto mas hermosas os hace esta virtud!

Tambien eran hermosas muchas niñas que he visto yo padecer sobre el miserable lecho del pobre, tambien habian disfrutado de todo lo que se envidia, de todo lo que forma hoy vuestras complacencias. Quien puede leer amables niños en el porvenir? No os fieis de la fortuna, tened lastima de los que padecen! Los hospitales son los palacios de la humanidad dolientes. Visitaldos, hijos míos, y dejad en ellos una limosna!!!

M.



HISTORIA SAGRADA.



I

DIOS SOBRE EL MONTE SINAI.

Amalec, cuyas tierras estaban poco distantes, vino á Raphidim para combatir con los israelitas. Moises dijo á Josué, uno de los principales gefes de los hebreos, que escogiese hombres esforzados y valientes á fin de repelerlo. Mientras tanto subió á lo alto de la colina con Aaron, y rogó al Señor. Los israelitas sostenidos por el Dios todo poderoso, consiguieron una victoria completa; levantaron un altar en aquel lugar para testificar su reconocimiento al Señor.

Jetró, suegro de Moises, habiendo oido hablar de los milagros que Dios habia hecho en favor del pueblo de Israel, y sabiendo que su yerno lo gobernaba, le trajo su muger, Sefora y sus dos hijos Geram y Eliezer, Moises les contó las maravillas que el Señor le habia permitido hacer para amedrentar á Faraon, Jetró dió gracias al Señor por sus bondades infinitas y le ofreció sacrificios.

Como el pueblo de Israel se habia multiplicado mucho, Moises escogió hombres firmes y animosos, temerosos de Dios que amaban la verdad, y á los que dió el poder de decidir las disputas que se suscitaban entre los hebreos, y se reservó solamente los negocios mas importantes.

Poco tiempo despues llegaron los israelitas al desierto de Sináí, el Señor llamó á Moises desde lo alto del monte, y le dijo:

—«Yo voy á descender á vosotros en una nube sombría y obscura, á fin de que el pueblo me oiga cuando te hable, y dé crédito en seguida á lo que le digas.

«Ve á buscar al pueblo, santifica el dia de hoy y el de mañana, á fin de que el tercero dia este preparado; entonces descenderé delante de él sobre el monte Sináí

«Establece límites que no podrá traspasar bajo pena de morir apedreado y traspasado por las flechas.

«Cuando la trompeta empiece á sonar que suban á la montaña, y se detengan delante de esos límites.

Moises ejecutó las órdenes del Señor.

El dia tercero, desde por la mañana, resonó el trueno en el cielo, brillaron los relámpagos, una nube espesa cubrió el monte, y sonó la trompeta con fuerza.

El pueblo entero reunido en el campo estaba lleno de temor: Moises le hizo salir y lo condujo al pie de la montaña.

El monte Sináí estaba rodeado de humo que salia como el que sale de un horno, por que el Señor acababa de descender á ella en medio de llamas de fuego.

El sonido de la trompeta se hacia cada vez mas fuerte.

Dios dijo entonces á Moises que habia subido hasta donde él estaba:

—«Baja á donde está el pueblo, impidele que pase la barrera, y vuelve en seguida con Aaron.»

Entonces el Señor habló á todo el pueblo de Israel y les dió sus mandamientos.

1.º Yo soy el Señor vuestro Dios que os ha sacado de la tierra de Egipto; no tendreis dioses estraños y solo á mí adorareis; no hareis estátuas ni ídolos para adorarlos.

2.º No tomareis en vano el nombre del Señor porque no miraré como inocente al que haya tomado en vano el nombre de Dios, sea jurando en falso, ó sin necesidad, ó sin respeto.

3.º Acordáos de santificar el dia del Sábado, que es el dia de descanso, porque es en el que he descansado despues de haber creado el mundo, y yo le he bendecido.

4.º Honrad á vuestro padre y á vuestra madre á fin de vivir largo tiempo sobre la tierra.

5.º No matareis.

6.º No cometereis fornicacion.

7.º No robareis.

8.º No dareis falso testimonio contra vuestro prógimo.

9.º No deseareis la muger de vuestro prógimo.

10. No deseareis su casa, ni su sirviente, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni nada que le pertenezca.

—Tales son, niños míos, los diez mandamientos que dió Dios á su pueblo sobre el monte Sinaí. Seguidlos religiosamente, con respeto; poned todo vuestro esmero en no separaros de los preceptos del Señor, y os bendicirá. Ahora sobre todo que sois jóvenes, es cuando debeis escuchar los consejos que se os dan; es necesario con tiempo que abrais vuestro corazón á la práctica de la virtud, al amor de Dios y de vuestros padres, porque nunca es demasiado pronto para hacer el bien.

Mientras que el Señor hablaba así, resonaba continuamente el trueno, y el sonido de las trompetas celestiales, los relámpagos brillaban como lámparas ardientes, la montaña estaba cubierta de humo, y el pueblo temblando se mantenía lejos de aquel lugar.

Los israelitas dijeron á Moisés:

—Habláenos tu mismo, porque la palabra del Señor nos llena de terror.

—No temais nada: Dios ha descendido hácia vosotros rodeado de este esplendor para probaros y mostraros su poder, á fin de que el temor entre en vuestro corazón, y que no pequeis.

El Señor ordenó en seguida á Moisés que le levantára altares para los sacrificios, y le indicó la forma que debia darles, y la manera en que debian ser contruidos.

Después le dió leyes para gobernar su pueblo: Moisés volvió á mostrárselas á los hebreos, que prometieron ejecutarlas.

Con aprobacion del Señor, escribió todos estos mandamientos y para confirmar esta alianza con un sacrificio solemne, se levantó al romper el día y alzó al pie de la montaña un altar compuesto de doce piedras, segun el número de las tribus de Israel.

Envió jóvenes de Israel á ofrecer holocausto de víctimas pacíficas, de terneros y de machos cabrios.

Derramó la mitad de su sangre sobre el altar y leyó delante del pueblo el libro en que estaba escrita la alianza.

—«Haremos todo lo que el Señor ha dicho, le seremos obediente» respondió Israel.

Entonces tomando la sangre de las víctimas esparció la otra mitad sobre el pueblo, diciendo:

—«Ved aqui la sangre que testifica la alianza que el Señor ha hecho con vosotros, bajo las condiciones que os he propuesto.»

II.

EL BECERRO DE ORO.

Después de ofrecido al Señor este sacrificio, Moisés, Aaron

y setenta ancianos, pasaron las barreras que retenian al pueblo y vinieron á adorar al Señor.

El Dios de Israel estaba sentado sobre un trono relumbrante al cual se llegaba por una peana que parecia ser de záfiro, semejante al cielo cuando esta mas puro.

Dios dijo á Moises:

—Sube á la cumbre del monte y detente allí; te daré tablas de piedra y la ley y los mandamientos que en ellas he escrito, á fin de que instruyas al pueblo.

Moises se levantó con Josué, que le servia y subió al monte, dejando toda su autoridad en Aaron y Hur.

El santo varon pasó por enmedio de la nube y permaneció cuarenta dias y cuarenta noches en aquel lugar.

Durante este tiempo el Señor le hizo conocer todas las leyes que debian regir á su pueblo. Despues, terminado esto, le dió dos tablas de piedra sobre las cuales habia escrito sus diez mandamientos y sus otros preceptos.

Los ancianos de Israel no habian tenido la paciencia de esperar á Moises y se habian vuelto al campo.

El pueblo, viendo que se prolongaba su ausencia se reunió y dijo á Aaron:

—«Dadnos dioses que vayan delante de nosotros, y que podamos verlos, porque no sabemos lo que le ha sucedido á Moises.»

Aaron intentó disuadirlos de este proyecto; mas como persistian siempre, les pidió las alhajas mas preciosas que poseyesen.

Los israelitas se las trajeron y Aaron temiendo mas el furor del pueblo que la cólera del Señor, hizo fundir estas alhajas y formó con ellas un Becerro de Oro.

—«Estos son nuestros dioses, esclamaron los hebreos, aquellos que nos han sacado de Egipto.»

Se levantó un altar delante de él; y al dia siguiente ofrecieron sacrificios y bailaron en su honor.

Viendo Dios esta accion culpable dijo á Moises:

—«Anda, baja, porque tu pueblo ha pecado; ha olvidado los preceptos que les has enseñado.»

El Señor se manifestó muy irritado de este crimen y queria castigar á los israelitas; mas Moises le suplicó y aplacó su justa cólera.

Moises descendió del monte llevando las dos tablas de piedra escritas por el Señor.

Entonces encontró á Josué que le habia esperado. Al aproximarse al campo oyó los cánticos de Israel en honor del becerro de oro, y vió las danzas.

Se llenó de grande ira, y juzgando inútil dar leyes á aquel

pueblo que las olvidaba, rompió las dos tablas al pie de la montaña.

Luego se aproximó al ídolo, lo arrojó al fuego, lo redujo á polvo, y para mostrar al pueblo la nada de aquel dios que adoraba, echó el polvo en el agua y la dió á beber á todos los hijos de Israel.

Un castigo terrible fué impuesto á cada familia.

Al día siguiente Moises dijo al pueblo:

—«Habeis cometido un gran pecado; voy á subir hácia el Señor para implorar vuestro perdón.»

Dios escuchó su ruego y le dijo:

—«Yo castigaré á todo el que ha pecado contra mí; pero entretanto vé y retírate de ese desierto con tu pueblo, y marcha para la tierra que he prometido á Abraham, Isac y Jacob.

El pueblo como señal de arrepentimiento, se despojó de todos sus adornos, y los dejó cerca del monte Horeb.

Moises habia hecho construir en medio del campo un pabellón donde se retiraba para oír al Señor. Cuando estaba dentro bajaba á la entrada la columna de nubes. Entonces todo el pueblo adoraba al Altísimo.

Moises imploró á Dios y le pidió que le dejase ver su cara, porque hasta entonces le habia oído hablar, mas no le habia visto.

—«No puedes ver mi rostro, porque ningún hombre me verá sin morir. Día llegará en que me descubrirás por la espalda; mas no verás mi cara.

«Ahora, continuó el Señor, haz dos tablas de piedra iguales á las primeras, y escribirás en ellas los preceptos que contenian las que has roto.»

Moises hizo las dos tablas y las llevó sobre el monte Sinaí; adoró al Señor, y le pidió perdón por las iniquidades de su pueblo.

Después de cuarenta días y cuarenta noches durante las cuales el Señor instruyó á Moises de lo que debia hacer, el Santo varón bajó trayendo las dos tablas que testificaban la alianza de Dios con su pueblo.

Su cabeza resplandecía con una luz divina; se vió obligado á cubrirse con un velo, porque Aaron y el pueblo de Israel no osaban acercarse á él.

Entonces conforme á las órdenes de Dios, hizo construir varias obras.

Primero el tabernáculo: tenia treinta codos de largo y diez de ancho: ricas telas le guarnecian por delante: le cubrian pieles de animales.

Los tableros tenian argollas de oro por las cuales se pasaban palancas forradas de oro para llevarlo cuando se queria mudarle de lugar.

Hizo en seguida el Arca de la Alianza, que debia ser colocada en el tabernáculo: tenia dos codos y medio de largo, un codo y medio de ancho, y otro tanto de alto. Era de una madera incorruptible, cubierta por dentro y por fuera de láminas de oro muy puro.

Una tabla de oro del mismo tamaño la cubria. La llamaban Propiciatorio, porque alli era donde Dios daba sus oráculos á su pueblo cuando le era favorable.

Dos querubines arrodillados tenian las alas estendidas como para servir de trono á la magestad de Dios. Tambien se pusieron anillos de oro como en el tabernáculo, á fin de poder pasar por ellos varas de madera de setim forradas de oro, para trasportar el arca cuando el campo debia cambiar de lugar.

Dios quiso que no se colocase alli ninguna otra cosa mas que las tablas de la ley, un poco de maná del desierto, y la vara de Aaron.

Despues de esto, hizo la mesa de los panes de propiciacion, que debia reunir panes hechos de pura harina, y destinados á ser comidos por los sacerdotes del Señor.

Habia tambien en el tabernáculo el candelero de oro que era una cosa admirable; ademas el altar de los perfumes, cubierto de oro por todas partes, y el altar de los sacrificios hecho de cedro, cubierto de gruesas planchas de cobre.

Algun tiempo despues, Dios hizo ver con un egemplo terrible, la exactitud que queria se emplease en el servicio del tabernáculo.

Aaron y sus hijos estaban encargados de este cuidado.

Habia ordenado que nunca debia extinguirse el fuego en el altar, y que los sacerdotes cuidarian de mantenerlo, echando nueva leña por la mañana y por la noche: este fuego estaba destinado para llenar los incensarios para hacer los sacrificios. Pero Nadab y Abin, los dos hijos mayores de Aaron, habiendo descuidado esta práctica, y puesto un fuego extraño en el incensario, Dios lanzó contra ellos una llama que los hizo perecer.

Algun tiempo despues, el Señor para retener al pueblo en el temor de sus leyes, dió un grande egemplo de severidad. Dos israelitas riñeron, uno de ellos arrebatado por su ira blasfemó el santo nombre de Dios. Fué llevado á la presencia de Moises, que lo hizo poner preso, hasta que el Señor hubiere decidido de su suerte.

Dios ordenó que seria apedreado, esto es, muerto á pedradas por todos los que habian oido la blasfemia.

EL ABUELO Y EL NIETO.

Habia en cierto lugar de Castilla, un viejo tan decrepito, que apenas podia andar: sus rodillas temblaban, no oia ni veia, casi, y tampoco tenia dientes, de manera que cuando estaba en la mesa, le faltaba la fuerza para tener la cuchara, parte de su sopa caia sobre el mantel, y la otra se le escurria de la boca. Su hijo é hija llegaron á disgustarse de tal espectáculo, por cuya razon el viejo se redujo á ponerse detras de la chimenea de la cocina, en un rincon, donde le daban la comida en una escudilla de barro, y no le daban lo bastante. El pobre viejo dirigia con aire afligido sus miradas á la mesa, donde se sentaban sus hijos, y gruesas lágrimas de dolor corrian á lo largo de sus arrugadas mejillas.

Sucedió pues un dia, que sus trémulas manos no podian sostener la taza, cayó, y se rompió. La jóven le riñó con severidad; pero él no dijo nada, y se contentó con llorar. Entonces le compraron por tres cuartos una horterita de madera, en la que le obligaban á comer. Durante este tiempo su nieto de cuatro años sentado en el suelo, se divertia en ajustar algunas tablillas.

¿Qué haces ahí, le preguntó su padre?

Toma! replicó el niño, estoy haciendo un plato; papá y mamá comerán dentro cuando yo sea grande, y ellos viejos. Entonces marido y muger se miraron durante algun tiempo, y echando en seguida á llorar, admitieron de nuevo á la mesa á el abuelo, le hicieron comer con ellos, y no le dijeron ya nada cuando se le caia algo de comida sobre el mantel.

Es preciso ser tolerantes siempre y respetuosos con los ancianos. Cuando somos jóvenes calificamos de rareza, lo que solo es efecto de la edad. La vejez y la niñez son muy semejantes, son una edad de debilidad. Acordémonos que esos ancianos nos han sufrido á nosotros cuando éramos niños, lo mismo que ahora nosotros vemos y nos impacienta ellos. Acordáos que ese será vuestro término, la vejez, si antes la muerte no os arrebatara del mundo!!

M.

A UN NIÑO DE SIETE AÑOS.**SONETO.**

Tierna azucena que entré espinas naces
Halagada del céfiro amoroso
En el vergél del mundo proceloso
Y entre ilusiones por tu mal fugaces;
Angel que desde el cielo arrebatado
De este tormento que se llama vida
Te lanza en la borrasca embravecida
La mano del destino despiadado;
Duerme el sueño feliz de la inocencia
Acariciado por materno beso
Que al cielo pide para ti clemencia:
Y nunca ¡oh Dios! disipe la tristeza
De tus días de niño el embeleso
Ni de tu frente virgen la belleza.

V. de C.

UNA AVENTURA**DE MIGUEL ANGEL EN VENECIA.**

Cierto día del año de 1520, un pescador que había tomado tierra delante del palacio de san Marcos, atravesó esta célebre plaza, y fue á pararse á la puerta de una hospedería, en cuya fachada se distinguía el león emblemático de Venecia, groseramente iluminado. Este hombre era alto y vigoroso; realzaba su tez morena el ardiente barniz de fuerza é inteligencia propio de los habitantes de los países meridionales, pero sus ojos habían perdido su acostumbrada viveza, y parecía que en la frente robusta del gondolero se pintaban crueles pensamientos. Al entrar en la taberna vió en el rincón mas obscuro de la sala un desconocido que parecía embebido en profundas meditaciones. Este tenía tambien una de aquellas fisonomías varoniles y poderosas, una de aquellas miradas dominantes que tan raras veces dejan de corresponder á la energía moral de que son indicios. Su ar-

diente rostro reflejaba la llama de un volcan de pasiones interiores, y aun podia descubrirse en ellas señales de la gran mision á que Dios le habia destinado. Iba muy sencillamente vestido; un jubon y unos calzones de terciopelo negro eran lo único que cubrian sus musculosos miembros. Un gorro de seda encasquetado hasta las sienes y atado bajo la barba con dos cintas de lo mismo, segun la moda de entonces; cogia en parte una espesa cabellera, cuyos bucles grises caian descuidadamente sobre su cuello.

—Gianettini, dijo el gondolero dirigiéndose á un hombre ancho de espalda y colorado de rostro que se paseaba en la taberna, ¿insistes aun en tu negativa?

—Si, respondió el veneciano.

—Soy muy pobre para yerno tuyo, ¿no es verdad? Antes de pensar en la felicidad de tu hija, piensas en la fortuna, pero para decidirte Gianettini, tendré yo que invocar el beneficio del agradecimiento que me debes? Has olvidado ya que te salvé la vida en Lepanto cuando Venecia tenia armadas hasta sus mugeres para defender la república contra los soldados de Barbarroja? ¿No sabes tú que criado con Maria, nos habiamos jurado desde niños no ser jamas el uno sino del otro, y que renovamos aquel juramento cuando la edad dió á nuestro cariño mas fuerza y solidez? ¿quieres tú su desgracia y la mia.....? ¿Eres Dux para ser ambicioso? ¿Eres patricio para ser ingrato?

—No, pero soy rico, Barbárico.

—Yo lo seré tambien Gianettini, replicó el gondolero. Tengo brazos vigorosos, corazon emprendedor, osadía, juventud y confianza en Dios. La fortuna puede venir á sentarse en mi góndola de un momento á otro.

—Delirios de un loco dijo el tabernero.

—Quien sabe? replicó el pescador, como si hubiera penetrado los misteriosos favores que le reservaba el porvenir: Lorenzo de Médicis era mercader: Francisco Sforzia era baquero. ¿Por qué, pues, no he de ser general yo algun dia!

—Porque para tres hombres favorecidos del cielo hay millones desdeñados, Barbárico. Lo cierto es, que yo jamás seré padre de un hombre que no tiene mas bienes que su góndola. Le trae mas cuenta á Maria....

—Ser la querida de un patricio que la muger de un gondolero.... Le trae mas cuenta dormirse en la opulencia de la prostitucion que vivir obscura y respetada!

—Ciertamente: desde que las grandes señoras han desterrado la virtud de sus palacios, seria ridiculo que viniera á habitar las salas del estado llano.... Maria ha seducido al sobrino del proveedor, y en vez de comenzar ese jóven patricio por deshonorarla, ha venido á buscarme y ofrecerme....

—Casarse con ella.

—No tanto! por mas popular que aspire á hacerse la nobleza veneciana, no vende todavia tan baratos sus blasones.

—Comprarla pues? replicó Barbárigo.

—Cabalmente.

—Infamel ¿Y en cuánto has vendido el honor de tu hija, Gianettini?

—El trato no está cerrado. Yo pido dos mil ducados; y el patricio me dá mil quinientos. Pero, como yo conozco el mérito de mi mercancia, no bajaré ni un cequí.

El estrangero que habia seguido con curiosidad la conversacion de ambos venecianos, se levantó y dando en el hombro á Barbárigo:

—Gondolero, le dijo, María será tu muger!

—Jamás.

—Señor judío, replicó el desconocido; y si este hombre os trajese dos mil doblones por regalo de boda?

—Oh! entonces Barbárigo seria mi yerno, lo mismo que soy Gianettini; pero sabed señor, que este pobre muchacho no posee mas que las cuatro tablas de su góndola, y que á no llegar á poseer el anillo ducal....

—No llegará tal caso, interrumpió el estrangero, y á pesar de eso, usted tendrá esa suma antes de anocheecer.

—Y ¿dónde he de tomarla, señor? dijo entre dientes el gondolero que, viendo brillar ante sus ojos la esperanza de la felicidad, temia que llegara á desvanecerse.

—Ciertamente no será en el bolsillo de mi jubon, por que no soy mucho mas rico que un *lazzaroni*. Hay tanta pobreza que socorrer desde Florencia á Venecia, que no encontraré en él ni un óbolo. Pero tranquilízate, mi pobreza es hermana de la opulencia, y mi talento llena de oro una gaveta tan pronto como la agota mi beneficencia!

Hablando así, abrió una cartera, sacó un pergamino que estendió sobre la mesa, y en pocos minutos dibujó una mano con una habilidad tan prodigiosa que el gondolero, aunque profano en el arte, no pudo menos de dar un grito de sorpresa.

—Toma, dijo el artista, entregando al pescador el improvisado dibujo; lleva ese pergamino á Pedro Bembo, que está ahora en el palacio de San Marcos; le dirás que un artista que no tiene dinero desea verdelo en dos mil doblones.

—¡Dos mil doblones! exclamó el tabernero, lleno de admiracion. Este hombre está loco; yo no daria ni un cequí....

Al cabo de una hora volvió el gondolero con el precio pedido, y una letra que acompañaba el secretario de Leon X, en que suplicaba ardientemente al artista desconocido le honrase con

su visita. A la mañana siguiente, María y Barbárico se casaron en la iglesia de san Esteban. El extranjero quiso contemplar las primicias de su felicidad, asistiendo á la ceremonia nupcial; y cuando el gondolero embriagado de alegría y de agradecimiento, le suplicó de rodillas le dijera su nombre, le respondió que se llamaba Miguel Angel.

Veinte años despues de esta aventura, por una de aquellas casualidades enigmáticas cuyo secreto solo Dios sabe, Barbárico era general de la república veneciana, mas á pesar de lo fascinadora que fué para el antiguo pescador aquella inesperada grandeza, no olvidó á su ilustre bienhechor; y cuando Buonarotti murió en Roma despues de la vejez tan hermosa, y la carrera mas brillante que recorrió jamas artista alguno, la mano del gondolero fué la que trazó debajo del epitafio latino que el sucesor de Paulo III habia hecho componer para su favorito, los dos agradecidos renglones que ha respetado el tiempo, y que se ven aun sobre el mausoleo del grande hombre.

En cuanto á la obra maestra improvisada, la trajo de Italia á Francia en su cartuchera uno de los soldados de Bonaparte. Yo la he visto en la galería de pinturas del Louvre donde está religiosamente conservada.

M.

LA NOVEDAD.

FABULA.

Al reino de la locura
Llegóse la Novedad,
Y á examinar su figura
Corrió la Curiosidad.

Muchos al verla tan bella
Dijeron: «qué linda es?»
Y do fijaba su huella
Ellos ponian sus pies.

Y en ademan suplicante
Esclamaron: «oh señora!
Escuchad el ruego amante
De este pueblo que os adora.

Mas que el talento valeis,
Nada es sin vos la belleza;
Sed nuestra reina y vereis
De nuestro amor la nobleza.»

Alegre dijo la diosa
A aquellos locos de atar:
«Volveré, amigos, gozosa
En este pueblo á mandar.

Dejadme ahora partir,
Y tornaré en el momento
Que el sol empieza á lucir
Su faz en el firmamento.»

La Novedad se ausentó,
Pero al comenzar el dia
Radiante se presentó
De belleza y alegría.

Los locos, la diosa al ver,
Prorrumpen en triste queja,
«¿De do viene esa muger?
Esclaman: ¡si es una vieja!»

Y las espaldas volviendo
A la que ayer celebraron,
Nuevos deseos sintiendo,
En otras cosas pensaron.

T.

